

Perspectivas

Autor: Diego Alejandro García Cumaco
Estudiante Sociología.
Fundación Universitaria del Área Andina

Para citar este artículo:
García, D. (2023).
Perspectivas. Revista
Espacio Sociológico. (4).
E-ISSN: 2805-7007

Introducción

La tarea era formal con tintes creativos; contar una historia sobre el conflicto armado teniendo como base el método Molano.

Se me vinieron a la mente el llano, las vacas, los cerdos y todas aquellas cosas que creí nunca recordar.

Pensé cómo estarían mi abuela y demás parientes, pensé también en los campesinos, estudiantes, ancianos y comerciantes que habitaban en Olaya Herrera. Pensé, sobre todo, en mi primo Diego.

EL LLANO Y EL PUEBLO

Aún recuerdo el calor intenso de los llanos del Tolima, en aquellas tierras que el campesino está acostumbrado a ver, que los ricos llaman “empresas”, por donde muy pocos turistas se atreven a ir. Hablo del lugar de origen de las historias de mitología y magia de mi abuelo, fundamento en el que se basaba su cultura tolimense con sus refranes y fábulas criollas que recordaban aquellas épocas de la antigua Grecia, como si la humanidad estuviera condenada a repetir su crónica cultural y social. Hablo de ese día en el que, por primera vez, en los llanos no hacía calor; los rumores dicen que ese 8 de agosto de 2004, en la vereda Ventaquemada del pequeño pueblo de Olaya Herrera, soplaba el viento tan fuerte; aquel fatídico día en que Diego murió.

Con unos buenos shorts, camisa blanca y un sombrero al estilo del viejo oeste, salía de la casa de la abuela, a la cual consideraba su madre.

-Mijo, ¿si almorzó? Preguntaba la anciana con palo en mano.

-Sí señora- contestó.

Era bien sabido que a Diego le gustaba pasear por las veredas de Ventaquemada, donde el Estado solo iba por cuestiones llanamente populistas y demagógicas, donde los niños y jóvenes se trasladaban en las llamadas **chivas** para el colegio –cuando no les tocaba a pie–. Siempre daba un paseo antes de irse a trabajar, le gustaba mirar las siembras y a las mujeres. También se decía que se la pasaba por aquí y allá con gente muy rara, parecía que la única que sabía algo del tema era la abuela. Trabajaba en una finca cercana para un guerrillero apodado El Mico, en la finca estaba usualmente Nelly, su mujer, mientras El Mico se iba a hacer sus patrullas fuera de la zona. Se decía que Diego y Nelly tenían un amorío, ya varias veces los habían visto besarse al lado de los matorrales de los animales. Dicen que ese 8 de agosto de 2004, El Mico los sorprendió y mató a Diego con cinco tiros de fusil en el pecho.

El único que fue a recoger el cuerpo sin miedo fue mi abuelo don Alfonso, quien era respetado en todas las veredas e incluso por el alcalde de ese entonces. **“Al diablo no se le escucha ni se le reza, se le domina, para que así Dios lo deje de escuchar”**, era uno de tantos refranes que nos enseñó a Diego y a mí.

LA CIUDAD Y YO

Yo aún era muy joven en ese entonces, iluso, inconforme y, de alguna manera, ciego. Desde la niñez me he sentido excluido. Estuve en una familia poco afectiva, aún recuerdo los golpes, los insultos, las luces, y los ruidos agobiantes de la ciudad. Quería correr, quería sentirme seguro; sentirme amado.

Tuve la gran fortuna de conocer a una persona que me cambiaría, en quien encontré por primera vez un lugar seguro. Gracias a él encontré una vocación a la que llamaría casa. La universidad me abrió muchas perspectivas, pero también me enfrentó con mi primer obstáculo, la metodología.

Contar una historia sobre el conflicto armado con el método Molano. Una tarea simple que desencadenó todo un proceso de reconocimiento personal.

Con el poco conocimiento adquirido, me tiré al abismo sin saber qué me esperaba, preguntando como un niño de 8 años que espera un dulce por parte de los adultos, para reconstruir algo de la historia familiar, del recuerdo de ese primo con quien comparto el nombre.

EL PUEBLO Y EL BARRIO

Era 13 de octubre de 2022 cuando por fin me di a la tarea de explorar y desentrañar los pueblos y veredas de los llanos tolimenses, descubrir sus anécdotas y ver sus paisajes una vez más. La flota me dejó alrededor de las 3 de la tarde en el pequeño pueblo de Olaya Herrera. Ahí me encontré con una tía que vive por los alrededores. Mientras caminábamos, observaba las casas de estructura clásica y sus habitantes. Su comercio se limitaba a unas tiendas, pequeños minimercados y un chance, no había restaurantes, ni farmacias, ni mucho menos clínica u hospital. Los turistas –que eran los mismos familiares de aquellos habitantes–, decían que uno se podía morir fácilmente en ese lugar, y tenían razón.

Me quedé esperando un rato en la casa de mi tía mientras llegaba el expreso que me llevaría de camino a Ventaquemada, pero antes tenía tiempo para hacer una visita a la primera persona que iba a entrevistar. Jolanda es una mujer de aproximadamente 40 años, de estatura baja y complexión delgada. Conseguí una entrevista con ella gracias a mi tía, ya que según decían, ella era muy amiga de Nelly, la chica que dos décadas atrás fue testigo –e incluso, según Jolanda, participe– del asesinato de Diego. Esta es su historia.

¿AMANTES?

“Yo era una chica muy bonita para ese entonces, joven, bien vestida y trabajadora. Trabajaba en la tienda de don Mario, ahí fue donde la conocí por primera vez, vestía una falda roja y una camisa azul, era mesera y yo atendía la caja. Era muy hermosa y deseada por todos los hombres del pueblo. Nos fuimos conociendo poco a poco, hasta que entablamos una bonita amistad. Se decía que era mujer de un cabecilla de la guerrilla, algo que me confirmó ella misma después de emborracharnos un fin de semana. Me decía también que tenía un amante que vivía en una vereda cerca del pueblo. La cosa se puso fea cuando *puallá* la vi con un man con apariencia más humilde, algo raro, ya que me decían que El Mico vestía siempre bien, y con lo más caro. Después cuando vino hacia mí, le pregunté si ese era El Mico o era su amante. No me quiso responder, solo me dijo que a ese man lo iba a matar con sus propias uñas. Tiempo después me enteré del nombre de aquel joven que habían supuestamente matado en la mini finca del Mico, por meterse con su mujer. Su nombre era Diego.”

VENTAQUEMADA

Regresé a la casa de mi tía con más preguntas que respuestas. ¿Acaso Nelly también estaba involucrada en el asesinato de mi primo? La verdad es que no me dijo nada más después de esa última frase. Cuando llegué donde mi tía ya había llegado el expreso. Antes de irme mi tía me dijo:

–Mijo, tenga cuidado con lo que pregunta puallá que esos berriondos de aquella zona son muy peligrosos.

–Sí tía– me limité a responder, algo confundido sin saber qué quiso decir con **“esos berriondos”**.

Ya estaba en camino hacia Ventaquemada, la tierra donde crecieron mi mamá y demás tías, y donde nació y murió mi primo Diego. Pasé por el cementerio donde se hallaban mi primo y mi abuelo con algo de tristeza y nostalgia. Pasé por el río del pueblo, estaba sucio y casi seco. Mientras me acercaba a las veredas, pasando por piedras y huecos, recordaba el relato de Jolanda, no sé por qué se puso a la defensiva. ¿Lo hice mal? Me sentía inútil, toda esa teoría, toda esa metodología académica no me sirvieron para casi nada en esos momentos, cada vez entendía más a Molano y su alejamiento de la academia tradicional. Dejé de pensar en ello cuando me di cuenta de que ya había llegado a la casa de mis abuelos. Me recibió mi abuela con un abrazo. Descargué la maleta y me puse a dar una vuelta pequeña por toda la casa, no había cambiado gran cosa, pero eso era lo mejor, ver de nuevo esas paredes, esos árboles, esos animales. Ya completamente instalado, me dirigía hacia mi última entrevista por esa carretera llena de arena y piedras. A tres cuadras se encontraba un viejo como de unos 60 años, sentado en una silla mecedora con cigarro en mano. Su nombre es don Antonio y era muy buen amigo de mi abuelo y de mi primo. Él tenía una versión diferente a la de mi mamá y la que se contaron los demás familiares, una versión que solo conocían él y mi abuelo.

LA ARMADA

“Eso fue en el año 2000 cuando el gobierno de ese entonces permitía grupos armados ilegales, a ese grupo se les conocía como **Los mata sucias**, ellos decían que no los patrocinaban económicamente, eso era verdad, pero solo era una fachada. Ellos mismos patrocinan las armas y demás a punta de despojos



Fotografía: wirestock en Freepik

de tierras que se hicieron en la vereda ubicada más al fondo que esta, se llama Chicalá. En esos lugares se apropiaron esos malditos paracos. Se aprovechaban de las mujeres y campesinos de ese lugar. Por eso los jóvenes de esa vereda y de otras dos, incluyendo Ventaquemada, empezaron a hacer su propia justicia contra esos berriondos. Empezó como un simple chiste en una borrachera, pero se hizo realidad, todo gracias a El Chulin, un joven que tenía contactos con la armada del propio Estado. Más o menos dos años después, en el 2002, ya había un grupo que se hacía llamar **Las flores limpias**, obviamente en respuesta a ese grupo de hampones de los paracos. Del 2002 al 2003 se dieron algunas riñas entre los dos grupos, hubo heridos, muertos e incluso secuestros, pero para mí era algo controlable. Ese chico, Diego, se unió a finales del 2003 gracias a que conocía al Chulin desde la escuela. Si tuviera que definir a Diego diría rebelde, pero no rebelde del que no hace caso y le pego, si no del que lo golpean y sigue siéndolo. Muy apegado a sus ideales. Yo tuve el placer de conocer a casi todos los miembros de Las flores limpias, y puedo decir que Diego era el más verraco de todos. Lastimosamente las cosas se fueron intensificando cada vez más por las veredas, así que Las flores limpias empezaron a hacer nuevos planes, como redadas, secuestros, es más, llegaron a tal extremo que hasta estaban pensando en despojar tierras de otras zonas para adquirir dinero para el armamento, algo con lo que no estaba de acuerdo ni yo, ni Diego. Estaba enterado de que él trabajaba como agricultor en una finca, no muy lejos de aquí, la verdad desconozco el nombre del que era dueño de esa finca, y tampoco puedo asegurar que era del tal Mico que mencionan muchas personas del

pueblo de Olaya. La única verdad era que ese día 8 de agosto de 2004, se pasó por aquí, hablamos un rato y le pregunté si no iba a trabajar, a lo cual contestó, **“no don Antonio, la verdad amanecí muy enfermo como para ir a dar papaya con el jefe”**. Una hora después se escucharon aproximadamente 5 tiros de fusil en la casa de don Alfonso, fui corriendo y vi a su abuela y a don Alfonso llorando al lado del cuerpo desangrado de Diego. Estaba acostado en la hamaca, quedo sonriendo hasta el último momento. Puede creer lo que quiera, pero esa es la verdad, los paracos y las guerrillas nos han amenazado durante muchas décadas, la mano reprende cuando la voz se calla.

CAMINO A CASA

Al día siguiente me fui de Ventaquemada. Me despedí de mi abuela, no me preguntó qué había dicho don Antonio, parece que quisiera olvidar ese recuerdo para siempre. Antes de irme, vi colgado el sombrero de mi abuelo, aquel sombrero que utilizó para ir a recoger el cuerpo de mi primo, y me sentí valiente al verlo. Me subí al expreso y mientras andaba empecé a ver la carretera, los árboles, los animales, el río; mientras me imaginaba lo bonito que debió ser para mi primo verlos incontables veces. Me pregunté si en verdad me iba para la casa o si me estaba yendo de ella. Todo eso se fue al caño cuando vi de nuevo el cementerio donde se encontraban mi abuelo y mi primo, pero esta vez no hubo tristeza, ni pena, tampoco ese sentirme excluido. Sentí un abrazo por parte de ellos dos al pasar por sus tumbas, me sentí querido por los muertos.

